

# EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza de Cadiz (antiguo local del Gobierno Civil)

ANUNCIOS A PRECIOS ECONOMICOS

MURCIA 10 DE DICIEMBRE DE 1902

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Murcia, un mes. . . . . pesetas 1

Fuera, trimestre. . . . . 3

NUM. 808

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

DE ACTUALIDAD

## El gobernador de Murcia

El cambio político que acaba de efectuarse en las altas esferas del gobierno, ha traído como consecuencia natural é inmediata la dimisión y sustitución del que ha venido siendo gobernador civil de la provincia, nuestro estimado amigo D. Miguel Aguado.

El Sr. Aguado, ya de antiguo conocido y apreciado en esta provincia, para la que no era un extraño, ha tenido en esta etapa de su mando el triste privilegio de que se le critique con apasionamiento é injusticia notoria, á raíz de sucesos por todos lamentados y cuya evitación no es dable ni á la autoridad más previsora.

Pero en cambio de estas censuras, y de la amargura que han debido producirle, ha tenido la satisfacción de que las personas imparciales y desapasionadas le hagan justicia y de verse objeto de expresivas manifestaciones de simpatía, á las que queda muy reconocido.

Ha desempeñado dignamente su cargo el Sr. Aguado, y de modo alguno pueden serle imputables deficiencias inveteradas en determinados servicios, debidas á la escasez de personal y á otras causas que están en la conciencia de todos, y que por bien de todos precisa ir haciendo desaparecer.

Entre los buenos servicios que ha prestado á Murcia el Sr. Aguado, y que Murcia habrá de agradecerle, figura en primer término su prudente actitud frente al conflicto del pimiento, con lo cual quizás y sin quizás ha evitado á esta capital un día de luto, poniéndose resueltamente desde el primer día al lado de la causa justa de los huertanos, á los que amparaban las disposiciones legales en vigor.

En los conflictos obreros suscitados, ha procedido con tino y habilidad, procurando armonizar intereses encontrados y contribuyendo al logro de justas aspiraciones del trabajador. Deja por ello muy buen recuerdo y muy justificadas simpatías entre el elemento obrero de Murcia.

También ha contribuido personalmente y de modo eficazísimo, el señor Aguado, al descubrimiento de los autores de importantes robos llevados á cabo en esta capital: siquiera la autoridad judicial, dictando autos de libertad provisional en favor de los delinquentes, hicieran infructuosa su obra.

En nosotros, deja el Sr. Aguado gratos recuerdos, no solo como autoridad celosa, sino también como excelente amigo: por eso al aplaudir justiciamente á la primera, tributamos al segundo el homenaje de nuestro caloroso afecto.

Viene á suceder á D. Miguel Aguado en el mando civil de esta provincia, D. José Contreras Carmona, persona completamente desconocida en esta capital, y de la cual dicen á nuestro colega «El Diario» que es un abogado de Granada, muy ilustrado, joven de 36 años de edad y de una rectitud y probidad muy recomendables: en política amigo del Sr. Maura.

Celebraremos que estos buenos informes se confirmen y que el nuevo gobernador nos dé muchas ocasiones para el aplauso, con una honrada y celosa gestión, encaminada á la defensa del interés público.



EL SEÑOR

## D. Bernabé Guerrero del Aguila

MÉDICO FORENSE

HA FALLECIDO EL DIA 8 DE LOS CORRIENTES

A LAS DIEZ Y MEDIA DE LA NOCHE

DESPUES DE RECIBIR LOS SANTOS SACRAMENTOS

R. I. P.

Su desconsolado hijo, hija política, hermano, sobrinos y demás parientes;

*Suplican á sus amigos encomienden su alma á Dios y asistan á su funeral y entierro que tendrán lugar mañana en la iglesia parroquial de Santa María: el primero á las diez de la mañana y el segundo á las tres de la tarde, por cuyo favor les dán las más expresivas gracias.*

Murcia 9 de Diciembre de 1902.

Por disposición del finado no se reparten esquelas ni se admiten coronas.

El duelo se despide en la Plaza de Agustín.

Casa mortuoria: Santo Domingo, 28.

## EN EL ARROYO

Sería la media noche, muy poca luz en las calles, mucha nieve, mucho frío y un silencio que ni el aire á pesar de fuerte y crudo alteraba en los cristales.

Con sus cabellitos de oro y más bonita que un ángel iba una niña descalza, sin mantón con qué abrigarse, dejando sobre la nieve aquellos pies virginales dibujados, cuyas formas sobre el blanco inalterable eran signos del poema que al pasar escribía el hambre.

Con una voz apagada y con un temblar muy grande vino á pedirme limosna, ¡limosna para su madre!

Alargó su breve mano con insistencia, implorándome y antes de que mi moneda fuera en su palma á posarse ya el cielo la hubo cubierto de aquella nieve que cae como diciendo: ¡esta sola limosna puedo otorgarte! porque á poco gimio el viento como lamentos, como ayes.

—¿Cómo vas—ahora andando por estas calles con esos pies, sin abrigo y con el frío que hace?

—Señor, es una limosna para que coma mi madre.

—¿Está enferma?

—No está enferma, pero me manda á que saque la comida de mañana y la puerta no me abre sino sueno algún dinero cuando ya quiero acostarme.

—¡Pobre niña! Y esta noche ¿has cogido algo?

—Nadie ha tenido para mí

ni siquiera un «adios te ampare».

Esta noche no me acuerdo ni cenar... y tengo más hambre!

En un zsguan me ha metido por la nieve y por el aire, pero el dueño de la casa cuando ha venido del baile me dijo que me saliera porque manchaba mi traje y fué de los pies tan fríos que me brotaba la sangre!

Le pedí un sitio en la cuadra y tampoco quiso entrarme tal vez porque se creía que yo pudiera robarle, cuando una manta de seda con cuatro letras muy grandes bordadas en oro, ayer llegué yo mismo á entregarle de una perrita que es suya y que la perdió en la calle...

Creció el huracán, la nieve se tornó en agua á raudales y zumbó el trueno muy cerca y sonaron los cristales y la tempestad rugía con aliento interminable...

¡El cielo que oyó el relato que me contaba aquel ángel y rugió con maldiciones contra un rico y una madre...

Plácido Rojer de Larra.

UN CUENTO DIARIO

## Dios á bordo

Era un domingo de Septiembre, en uno de nuestros puertos del Oeste, el antiguo y célebre Tréport, puerto de los más favorecidos por *les bons bourgeois* de París.

La brisa, ya muy viva por la mañana, se transformó de pronto en tempestad; las olas se embravecieron, y al romperse contra los estribos del viejo muelle, lanzaron sobre los veraneantes sus penachos de espuma.

Pero aquellos, atraídos por la grandiosa belleza del espectáculo, no se retiraron.

Bien pronto una ansiedad vivísima reemplazó á los transportes de admiración y á las risas y bromas con que los

alegres parisenses celebraban cada vez que el chaparrón salado les inundaba.

Las barcas, cargadas de los pasajeros que, deseando gozar todas las impresiones marítimas, desafiaron al mareo, volvían al puerto.

Amontonados en el muelle, contemplaban los curiosos la habilidad con que el timonel y el marinero que llevaba la escota verificaban la difícil maniobra de introducirse en el canal á pesar de la furia del huracán.

Y todas las barcas habían efectuado afortunadamente ese *tour de force*, excepto la última de la pequeña flotilla. Debía haber sufrido más que las demás; pero el vigor y buena maña de sus remeros la mantenían á flote, cuando una ola monstruosa, levantándola con fuerza irresistible, la lanzó á estrellarse contra el muelle.

Un grito de terror se elevó; pero la presencia de ánimo de aquellos curtidos marineros impidió la catástrofe.

Los remos se hicieron pedazos, pero la «Juana María...» estaba salvada.

Como el accidente no tuvo un fin trágico, los alegres parisenses, al volver á la ciudad, no hablaban ya del suceso.

Sin embargo, dos trepantes mujeres de marinos, iban delante de mí, y oí á la más anciana decir á la más joven:

—Ven, hija mía, que no hay para qué tener miedo. Este año no podía suceder una desgracia á Couvien ni en la «Juana María.» Ya te acordarás... Esa barca llevó á Dios á bordo.

¡Dios á bordo!

Era esa frase (se convendrá conmigo) para llamar mi atención; así fué que quitándome mi gorro blanco de bañista, pregunté á la mujer qué quería decir.

Pero mi pregunta le desagradó sin duda, porque después de examinarme un momento, me respondió bastante bruscamente:

—¡Aah! Si os lo dijéramos os burlaríais de nosotros. Vosotros, los señores de París, no creéis en nada.

Y apretó el paso arrastrando á su compañera.

Pero mi curiosidad debía ser muy pronto satisfecha.

Al continuar mi paseo por Tréport, y subiendo la rampa que conduce á la iglesia, flor del arte gótico, me encontré con el segundo vicario, y me apresuré á preguntar al joven sacerdote, curiosa conversación, llena de encanto había ya saboreado otras veces, lo que constituía mi preocupación del momento: «Dios á bordo». Me respondió:

—Es una antigua y piadosa costumbre del país.

En la tierra de Dios, la suerte designa al barco en que se levantará el ara sa-

grada, y se instala al pié del mastil un altar radiante de luces y flores. Le aseguro á usted, caballero, que es un hermoso espectáculo cuando la procesión se detiene á lo largo del muelle y cuando el señor cura, desde la barca, dá la bendición á todas esas valientes gentes de mar, de rodillas, los hombres con la cabeza descubierta, las mujeres pasando las cuentas de su rosario, mientras nuestros sochantres entonan el Tantum ergo.

¡Oh! ¡Son dignas de verse esas frentes inclinadas bajo la bendición del Dios de la Eucaristía; es digno de oírse ese himno que sube suavemente hacia el cielo en una atmósfera de cálida fé!

Como es de suponer, los marineros consideran un gran honor recibir la visita del Señor Sacramentado, y de ahí la sencilla creencia de que el barco que ha tenido «á Dios á bordo» está exento por el año de los peligros del mar.

—Costumbre de poesía encantadora — exclamé: — ¡Lástima que Chateaubriand no la haya conocido! Hubiera escrito una hermosa página más en su «Genio de Cristianismo». Si la «Juana María» no se ha estrellado hoy, convengo en que ha sido casi por milagro. Sin embargo—añadi sonriendo— ¿conveniría fiarse en la creencia traportense los días en que el semáforo iza la señal del peligro?

—Ruego á usted, interrumpió con viveza el joven sacerdote, que no prosiga por ese camino. Sé muy bien que usted no es, como ha dicho esa buena mujer, de esos señores de París que no creen en nada. Si la fe sencilla de estas pobres gentes le sorprende, reconozca usted que se apoya en la fe al confianza en el Dios cuyos misteriosos designios desencadenan y calman las tempestades.

¡No serían más dichosos, dijo con acento melancólico, señalándome la muchedumbre de bañistas que circulaban por los paseos, no serían más dichosos todos esos corazones incrédulos si, como mis sencillos feligreses, no se hubieran divorciado de la divina esperanza. ¡Dios, Dios con todo mi corazon, de quien soy humilde ministro, es verdaderamente el Dios de las gentes de mar; el Dios que marchaba sobre las olas del mar de Tiberiades; apaciguaba con un ademán las olas enfurecidas, suscitaba las pesacas milagrosas; es el Dios que escogió ante todo á pobres pescadores para esparcir á través del mundo su ley de consuelo y amor.

Se inflamaba é iba á proseguir su hermosa improvisación, pero conmovido por su entusiasmo religioso, me echaba en cara mi maligno capricho.

Le toqué suavemente el brazo.

—Perdóneme usted, le dije, señor vicario. ¡Es tan difícil olvidar una vida de escepticismo! Pero usted tiene razón; sólo la fé salva. La pido ardiente é incansablemente en mis oraciones. ¡Sí! ¡Creo! ¡Quiero creer! Y sólo estaré satisfecho el día que crea con la confianza y sencillez de corazón de vuestros marineros, y lo alcanzaré estoy seguro, porque, como sabe usted, añadí golpeándome el corazon, Dios está á bordo.

F. Copée.

## D. Juan de la Cierva

Nuestro ilustrado paisano y amigo particular, el diputado á Cortes D. Juan de la Cierva Peñafiel, nombrado por el nuevo gobierno Director General de los Registros, habrá tomado hoy posesión de su cargo.

El Sr. La Cierva, tenía muy merecido, por los servicios prestados al partido conservador, el alto cargo que se le ha conferido, y por el cual le enviamos nuestra sincera y cordial enhorabuena.

Cualquiera que sea el campo político en que militen, tienen todas nuestras simpatías los murcianos, que como el nuevo Director General, han sabido elevarse á impulsos de sus talentos y de una actividad fecunda.

Nuestro distinguido paisano, puede tener la seguridad de la satisfacción con que en Murcia se ha sabido la noticia de su nombramiento: es de los que deben llegar, y llegará.

En las semblanzas que el «Heraldo de Madrid» hace en su número de hoy, de las personalidades del partido conservador á las que se ha nombrado para ocupar altos cargos, figura la siguiente del Sr. La Cierva:

«En las anteriores Cortes conservadoras fué por vez primera diputado y

